

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

# FILOSOFIA

Y

# LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD  
DE FILOSOFIA Y LETRAS

# 31

JULIO - SEPTIEMBRE

1948

IMPRESA UNIVERSITARIA

**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO**

**Rector:**

**LIC. LUIS GARRIDO**

**Secretario General:**

**LIC. JUAN JOSÉ GONZÁLEZ BUSTAMANTE**

**FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS**

**Director:**

**DR. SAMUEL RAMOS**

# FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE  
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA  
UNIVERSIDAD N. DE MÉXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

DIRECTOR - FUNDADOR:

*Eduardo García Máynez*

SECRETARIO:

*Juan Hernández Luna*

Correspondencia y canje a Ribera de San Cosme 71  
México, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

|                           |        |
|---------------------------|--------|
| En el país . . . . .      | \$7.00 |
| Exterior . . . . . dls.   | 2.00   |
| Número suelto . . . . .   | \$2.00 |
| Número atrasado . . . . . | \$3.00 |

## Sumario

### ARTICULOS

|                                | Págs.  |
|--------------------------------|--|
| Oswaldo Robles . . . . .       | <i>El perfil académico y la doctrina filosófica de Fray Alonso de la Vera Cruz</i> . . . . . 9 |
| Guillermo Francovich . . . . . | <i>Valery y Kierkegaard</i> . . . . . 27   |
| José Almoina . . . . .         | <i>En torno a Saavedra Fajardo</i> . . . . . 85  |
| Juan Hernández Luna . . . . .  | <i>La imagen de América en José Vasconcelos</i> . . . . . 101                                  |
| Arturo Arnáiz y Freg . . . . . | <i>Presencia y significación de México dentro de la vida de Occidente</i> . . . . . 113        |
| Vicente Gaos . . . . .         | <i>Pro Cicerone</i> . . . . . 127  |

### RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

|                                   |   |
|-----------------------------------|---|
| Juan David García Bacca . . . . . | <i>Religions Philosophie auf geschichtlicher Grundlage.</i> (Othmar Spann.) . . . . . 135 |
|-----------------------------------|---|

|   | Págs.  |
|---|--|
| Rafael Moreno M. . . . .                                | <i>La introducción de la filosofía moderna en México.</i> (Bernabé Navarro.) . . . . . 137 |
| Juan Hernández Luna . . . . .                           | <i>Tratados.</i> (Juan Benito Díaz de Gamarra.) . . . . . 142                              |
| Juan David García Bacca . . . . .                       | <i>Crisis y porvenir de la ciencia histórica.</i> (Edmundo O'Gorman.) 144                  |
| Noticias de la Facultad de Filosofía y Letras . . . . . | <i>J. H. Luna</i> . . . . . 147  |
| Notas y noticias de América . . . . .                   | <i>R. H. Valle</i> . . . . . 151   |
| Publicaciones recibidas . . . . .                       | . . . . . 167  |
| Registro de revistas . . . . .                          | . . . . . 171  |

## PRO CICERONE

Jérôme Carcopino, el infatigable filólogo, ha publicado recientemente un interesante libro sobre *Les secrets de la correspondance de Cicéron*.<sup>1</sup> La obra es una despiadada invectiva. Desde los tiempos en que Drumann y, aún más, Mommsen lanzaron su artillería pesada sobre el gran hombre romano, nadie le había atacado con la violencia con que hoy lo hace Carcopino. Sus páginas deladoras contrastan ahora con las benignas y reparadoras que, sobre todo en los países latinos, había suscitado Cicerón en los últimos cincuenta años, de Boissier a Ciaceri.

Parece, a primera vista, imposible que en el campo del mundo clásico, sometido a una rotura de siglos, queden todavía parcelas de tierra virgen. Es curioso que en algún rincón del orbe grecolatino quepa todavía la revelación de "secretos", y de secretos que, como en el caso presente, son secretos a voces. Pues se trata nada menos que de haberlos descubierto en una correspondencia sometida a incesante estudio durante veinte centurias.

No me propongo discutir aquí la tesis de Carcopino, que es ésta, en resumen: Todo lector de las cartas de Cicerón ha podido percatarse de que constituyen un sombrío autorretrato. Este hecho, insólito, lo aclara Carcopino con su teoría de que la correspondencia de Cicerón fué publicada por orden de Octavio y con el fin de desacreditar al mayor enemigo del naciente Imperio.

Sin entrar en debate, y remitiendo al lector curioso de información a los dos volúmenes de la obra, no puedo por menos de sugerirle el problema de la confianza que puede merecernos una correspondencia publicada por Octavio y con los fines dichos, respecto de su fidelidad textual.

---

<sup>1</sup> Jérôme Carcopino: *Les secrets de la correspondance de Cicéron*. 2 vols. L'Artisan du Livre", Paris, 1948.

En cualquier caso, para enjuiciar a Cicerón, las cuestiones de detalle importan poco. El señor Carcopino es un anticiceroniano *a priori*, como todos sus antecesores. Y, por su parte, los ciceronianos han arrancado también para su defensa y para su entusiasmo de ideas y de opiniones políticas de tipo general y previo.

Es ciertamente difícil juzgar en Cicerón al hombre, a un hombre, separando a Cicerón del ciceronianismo. En general, los hombres de Roma, políticos, escritores, fueron tan poco íntimos, nos han dado tan escasas muestras de su actitud cotidiana, de su vida de sencillos mortales, que hoy día, izados como están sobre un alto plinto de siglos, desde la impresionante eminencia de la "historia romana", se imponen insensiblemente a nuestra atención como hieráticas esculturas.

Pero, si hay algunas excepciones, la más notable es la de Cicerón. Particularmente, su correspondencia está transparentando, página a página, no al edil curul, ni al *parens patriae*, ni al orador patético y pomposo de las Filípicas o las Catilinarias, ni al filósofo de los grandes lugares comunes, sino a ese otro Cicerón de puertas adentro, al hombre en su actitud de abandono, en su existencia natural y diaria. En sus cartas —donde ya el lenguaje es tan distinto del de los discursos—, Cicerón es el padre tierno de su "Tulliola", el dueño no menos tierno y benigno que se inquieta por la salud de Tirón, su liberto, el amigo de sus amigos, el hombre de letras que planea sus obras, vacila, pide consejo y, antes de ensamblar, con mano maestra, los armoniosos miembros de su prosa perfecta, nos ofrece su creación en pulpa, esbozada.

Es, pues, posible salvar el prestigio de este nombre resonante, Cicerón, y estudiarlo de cerca, con calor humano. Es ineludible hacerlo así, cuando se parte de sus cartas. Y esto es lo que, a mi entender, no ha hecho Carcopino.

Me parece interesante intentar una escueta recapitulación de las acusaciones hechas a Cicerón, de Mommsen a Carcopino.

Prescindamos, naturalmente, de un defecto de Cicerón, reconocido por todos: su vanidad insaciable. Es un defecto ridículo en su pequeñez, una de esas pequeñas manías de los grandes hombres. Aparte de que, sobre esto, los romanos tenían un concepto distinto del nuestro. El impudor para el propio elogio no era menor en un hombre como Plinio el Joven, por lo demás intachable.

Vayamos a las acusaciones de peso: debilidad, oportunismo político, espíritu torpe y reaccionario, falso y retórico aire de humanidad. Estos son los puntos tradicionales. Carcopino aún va más lejos y acomete contra Cicerón en todos los órdenes de la vida privada, desde el conyugal hasta el económico. El retrato adquiere ya los tintes de lo monstruoso. Y la verdad es que, con permiso de Carcopino, Cicerón no era precisamente un monstruo.

Pero lo más triste es que, en el caso del genial orador romano, los que más daño le han hecho, los que mayor confusión han sembrado, no han sido sus detractores sino sus apologistas, más celosos y bien intencionados que ecuanímenes. Ha faltado siempre a los ciceronianos ponderación y agudeza. Por una parte, han hecho concesiones injustificadas, viniendo a coincidir con los adversarios: la flaqueza de ánimo, la incertidumbre política de Cicerón, por ejemplo, ha sido cosa unánimemente admitida. Por otra parte, la exaltación ha sido extremada y torpe. Porque si no estamos en presencia de un monstruo, es verdad que tampoco nos las habemos con ningún santo.

Hay, finalmente, un punto de vista que se ha aceptado con insistencia, y que, con toda modestia, tengo por equivocado: el de presentarnos a Cicerón como el caso típico del "intelectual metido en política", y esto a título de excusa y como justificante de su fracaso.

Pero hace falta ver si todo esto es cierto. Considerar primordialmente a Cicerón como un "intelectual", es renunciar a entenderlo. El tipo humano del "intelectual", y sobre todo del intelectual que va a la política, era desconocido en la Antigüedad. Roma no era un pueblo de intelectuales. Y si excepcionalmente surgía alguno (es el caso de Varrón), no hacía desde luego política. La vida europea, en los dos últimos siglos, ha producido nuevos tipos de vida, en cierto modo tan bárbaramente especializados, profesionales, que se nos hace difícil comprender que, especialmente, primordialmente, César no fué militar, ni Cicerón un escritor. ¿Qué eran, entonces?, podrá preguntar alguno. Tanto César como Cicerón eran políticos. Pero voy a aclarar en seguida el sentido de este término. Todos los romanos eran políticos. "Política", "república", son vocablos que, en Roma, respondían plenamente aún a su valor etimológico: La "política" es el gobierno y cuidado de la *polis*, de la ciudad, en la que todos tienen parte. República es la *res publica*, la cosa pública, el quehacer común.



Por lo demás, en el caso de Cicerón, es tan patente que, de definirlo de algún modo, hay que definirlo como político, que no se comprende cómo ha podido parecerle a nadie otra cosa. No se trata siquiera de una apreciación, se trata de una simple constatación de los datos de su vida. Hay que acabar para siempre con la consabida historia del "intelectual" nacido para la vida contemplativa, al que los azares de una edad turbulenta arrastran a la acción. Ninguna visión tan errónea. Varrón era coetáneo de nuestro hombre, y nada le impidió dedicarse a sus estudios. El mismo Atico permaneció en todo momento al margen de la vida pública. Si bien aquí nos encontramos no con el caso del intelectual, del erudito, como Varrón, sino con el del "dilettante".

Pero Cicerón, al contrario de Atico y de Varrón, era, de pies a cabeza, primordialmente, un político. Y fué justamente la imposibilidad de seguir haciendo política —en el forzoso ocio a que se vió sujeto después de Farsalia— lo que le llevó hacia la vida contemplativa y la especulación filosófica. Si hay, así, que decretar el fracaso de la política ciceroniana, habrá que hacerlo sin el menor atenuante. Estamos ante un político.

Y por si el anterior argumento fuere insuficiente, estoy dispuesto a aducir aún más pruebas. Demos un paso, desde la violenta época que se pretende arrastró a Cicerón desde el gabinete de estudio hasta el foro. Situémonos en pleno centro de la paz octaviana. Un hombre que ama de veras la soledad, la vida retirada, Virgilio, abandonará la oratoria, apenas comenzada, y resistirá a cuantos ofrecimientos se le hagan para actuar. Un hombre de acción (aunque no se trate especialmente de un político, la cosa no importa), un hombre de mundo, Ovidio, no resistirá el destierro y morirá de la imposible nostalgia de la vida mundana. Y el caso se repite a lo largo de toda la historia de Roma. Los romanos, insisto en ello, son, salvo contados casos, hombres de sociedad, hombres de acción, hombres públicos. Marcial se rocama de añoranza, lejos de Roma. Y esta vez no se trata de un desterrado. Marcial está nostálgico en España, en su patria. Séneca, como antes Ovidio, y como Cicerón mismo además, no puede sufrir la inactividad de su existencia de desterrado, y es, por lo menos, tan político como filósofo.

Cicerón no es un intelectual. Es un hombre de acción, un político, no nos cansaremos de insistir en ello.

Ahora bien, lo que es indiscutible es que, así, rotundamente, su política fracasara. Buena parte de los historiadores, y yo creo que con razón,

se inclinan cada vez más a asignar a Cicerón un importante papel en la constitución del Imperio. El Imperio es una creación genial de César. Tan genial que es superior a su mismo creador, y puede decirse con absoluta certeza que el vencedor de Farsalia no sabía con plena conciencia lo que la victoria le había dejado en las manos. Si a Cicerón hay que juzgarlo como a un político, a César hay que juzgarlo del mismo modo. César fué un general de excepción, un conquistador genial, un gran militar, pero sólo secundariamente. Primordialmente era un político. Ahora bien, era un político demagogo, al que se le puede calificar, en principio, de un Catilina con fortuna. La historia no puede ignorar que es la fortuna, el éxito, lo que en definitiva condiciona el valor de una política. El que sin duda ignoró en gran parte este valor fué el mismo César.

Sólo puede hablarse de fracaso de Cicerón ante el éxito asombroso de César, contemplado en toda su perspectiva histórica. Pero este es un punto de vista injusto. En la política de Augusto, la inspiración ciceroniana cuenta en proporciones nada modestas. En el posterior desarrollo del Imperio, lo sensato es confesar que la huella tanto de Cicerón como del mismo César es cada vez más borrosa.

Antes he dicho que se ha solido juzgar a Cicerón *a priori*. Ahora añadiré que raramente se ha partido de Cicerón mismo. Así, si Mommsen se ha mostrado tan acerbo, la razón no ha sido otra que su bismarckiano cesarianismo. Si Boissier ha sido acaso demasiado indulgente, el motivo era que él mismo se sentía un intelectual titubeante y pomposamente democrático. Boissier era más ciceroniano que Cicerón. Mommsen más anticiceroniano y más cesariano que César.

Pero si de verdad queremos juzgar a Cicerón como hombre —y esta es la pretensión de Carcopino en su reciente libro—, es preciso partir de Cicerón mismo y de sus acciones. Y es preciso, además, establecer una comparación entre nuestro hombre y sus contemporáneos, examinando su conducta en pie de igualdad y de acuerdo con las opiniones y las costumbres de aquella época, y no de la nuestra.

Esta exigencia, la de juzgar a una época en sí misma y sin usar de fáciles paralelismos, por elemental que sea en teoría para todo historiador, resulta de hecho difícilmente aplicable. Es indudable que el gran Mommsen, con todo su conocimiento y su método, lanzó contra Cicerón sus diatribas impulsado un poco inconscientemente por su secreta simpatía hacia César, que, a su vez, era en lo íntimo admiración por Bismarck. Pero ¿no resulta

absurdo un juicio sobre Cicerón que parte de una cómoda y falaz ecuación César-Bismarck, y que cuando piensa en el Imperio de Roma está en realidad pensando en un soñado y anhelado imperio teutónico?

Arranquemos, pues, la única ecuación válida históricamente. Pongamos a Cicerón junto a sus coetáneos, y juzguemos. Que Cicerón no merezca a Carcopino ninguna simpatía, es algo perfectamente respetable. Pero lo que no conviene olvidar es que todo juicio es relativo, y que una impresión moral sobre Cicerón sólo puede dárnosla una relación. A menos que Carcopino se haya propuesto mostrar que son todos los romanos los recusables.

Es evidente que César no vió los acontecimientos con la claridad que algunos historiadores pretenden atribuirle. No es menos evidente que los vió, sin embargo, más claramente que hombre alguno de su tiempo, y que Cicerón entre ellos. Pero la política de Cicerón no representaba el ofuscamiento, la cerrazón que se le achaca, sino más bien un *justo medio*, un equilibrio, que hoy vemos que era imposible, pero que entonces no era tan quimérico. Quimérica, reaccionaria, cerrada a banda, era la política de otros hombres, a los que sin embargo los cesarianos miran con menos antipatía: Catón o Bruto.

Pasan Catón y Bruto por romanos integérrimos, por héroes, y esta es tal vez la razón de que se les de un trato de favor. Y sin embargo, Bruto se pasó al campo de César antes que Cicerón. Y los finales de las vidas de Cicerón y de Catón de Utica fueron paralelos.

Es conocida, es ya tradicional la imagen del Cicerón titubeante, indeciso, débil. Y es curioso que se haya forjado esta imagen de un hombre que inicia su vida pública atacando, en un gesto que provocó estupefacción, a un favorito del omnipotente Sila, y que a lo largo de su dilatada carrera fué el debelador abierto, magnífico y clamoroso de Verres, de Catilina, de Marco Antonio, de tal modo que el precio de eso que algunos han llamado "retórica vacía y falsa", lo pagó con su misma vida.

Pero es más importante aún elucidar los motivos que Cicerón pudiera tener para sus vacilaciones. Y concretamente en el caso más importante, el de la guerra civil entre César y Pompeyo, le vemos abrazar al fin el partido de los que juzga perdidos, el partido de Pompeyo, que además le es personalmente antipático, y esto todo por consideraciones morales.

No se detiene aquí el ataque de Carcopino. El retórico hinchado y falso, el oportunista y reaccionario Cicerón, resulta ser además un hombre

avaricioso y cruel, un implacable usurero que apremia al prójimo sin consideración, mientras él nada en la riqueza.

Una vez más aquí se impone la comparación. Los Romanos eran por tradición un pueblo de agricultores, de grandes propietarios. No me parece este el mejor régimen social ni agrario. Pero no se me ocurre imputárselo a Cicerón. Su riqueza, al lado de las de Plinio, Séneca y otros muchos, era en fin de cuentas bien parca.

En lo que se refiere a la usura, la mentalidad romana era tan distinta de la nuestra, que se nos hace bien difícil comprender que el préstamo con un interés crecido fuera en Roma una de las formas más usuales de hacer fortuna, un negocio que todo el mundo hacía a ojos vistas. Pero aun aquí, la culpa de Cicerón quedará aliviada con sólo recordar que el integérrimo, el austero Bruto, era un usurero cien veces más implacable. Y fué precisamente Cicerón quien defendió en cierta ocasión, siendo préconsul, a unos infelices acreedores a los que Bruto quería cobrar *manu militari*.

Presumo que esta defensa no suscitará el asentimiento de demasiados lectores, en los tiempos que corremos. Lo prefiero, sin embargo, a tener el éxito que parece va a tener el libro de Carcopino, a juzgar por el artículo que le consagra Emile Henriot en "Le Monde" del 18 de febrero pasado, con el título de "Cicéron démasqué". Las palabras iniciales de este artículo son ya harto significativas: "Nous voilà vengés . . ."

Yo renuncio, por mi parte, a proseguir esta defensa contestando a Carcopino punto por punto. No quiero mezclarme en el reino de la venganza, de una venganza que no entiendo. La tesis de Carcopino adolece de un error psicológico. Y Boissier había visto penetrantemente cómo puede darse el caso de una correspondencia que es un triste autorretrato, un excesivamente triste, y exagerado, autorretrato. El Sr. Henriot declara que las explicaciones de Boissier resultan inoperantes después del libro de Carcopino. Yo no lo creo. Si Carcopino ha enfrentado Cicerón a Cicerón, es igualmente legítimo defender a Cicerón de sí mismo. Después de veinte siglos de erudición filológica, Carcopino ha venido a convertir a Cicerón en algo así como "el pintor de su deshonra", pero no veo que haya aportado ninguna luz nueva. Después de veinte siglos de erudición filológica, es curioso constatar que el juicio más ecuánime, más sereno, más perspicaz sobre Cicerón, sigue siendo el juicio de quien fué en vida su encarnizado enemigo: el profundo, el genial César.

VICENTE GAOS